





Fundación para el  
Bienestar Natural, A.C.



Ejemplar Nº \_\_\_\_\_

Hacienda San José. Baca, Yucatán México





**A** la orilla de Baca, el pueblo, un letrado anuncia:  
"Entrada para pacientes". Se ve un camino largo que apunta al  
horizonte claro y silencioso. Varias ovejas suben el cuello para  
vernos pasar, una yegua se arrima a saludarnos y los patos del  
corral se alebrestan ruidosamente. A los lados, las formas  
empedernidas observan nuestro paso y uno las observa  
también:



el ave, la rana, una virgen,  
la flor, cada piedra con un peso,  
un sostén, un color.

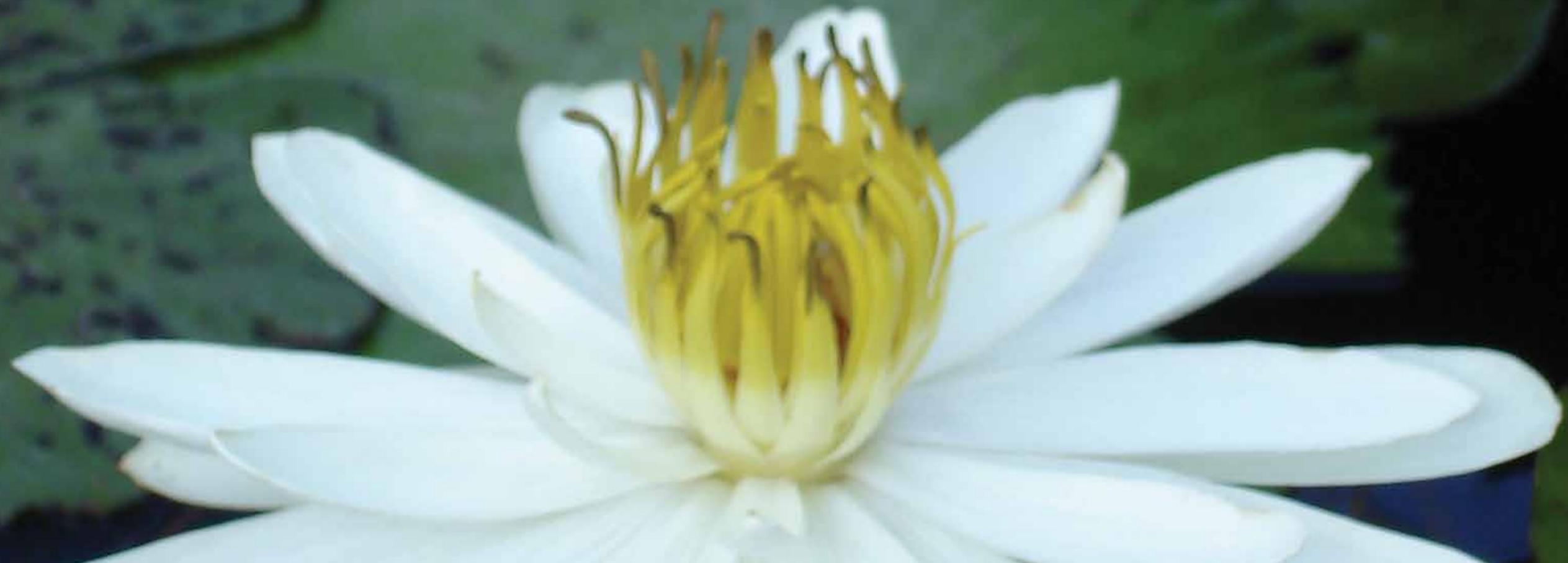


Antes de la consulta médica nos invitan a una clase de meditación. Caminamos con el grupo entre guayas, tamarindos y ramones, las mujeres por derecha y los hombres por la izquierda. A lo lejos nos espera inmóvil un monolito cautivador: ejemplar de la especie arbórea, no sabemos cuál, si fue ahuehuete, pino o helecho, si viene del trópico o de alguna montaña. Se le ve feliz a este magnate. Muestra orgulloso los anillos agrisados por cada periodo que subsistió: ha visto carnívoros gigantes, ha vencido al hielo, ha departido con aves y plantas que nunca más serán... Ahora, con dos metros de altura y sus 620 kilos, es el encargado de cuidar nuestras espaldas cuando practicamos Chi Kung. El Árbol Petrificado de la Clínica Fundebien es el primero en ver el Sol cuando amanece y jamás se moverá de allí. Gracias a su férrea vigilancia podemos cerrar los ojos confiados, estirarnos, sentir el aire en las palmas de las manos como si algo nos quisiera decir el aire... cada compás nos une a cada compañero en la complicidad de una íntima vivencia que nos convierte en una sola masa vibrante ahí, frente al guardián de piedra. El tiempo

se mide en la exhalación. Desaparece el dolor de la rodilla, de cuello o de los brazos, podemos respirar profundamente sin culpas ni aprensiones.



*El maestro nos despide a todos con un abrazo  
y el guardián se queda en su pedestal:  
nos esperará mañana.*





En el camino nos embiste la duda. No sabemos si esto es real, recordamos que quisimos venir contra todas las recomendaciones razonables y sentimos vergüenza por estar perdiendo el tiempo. Hemos escapado voluntariamente del Edén sin manzanas ni pecados de por medio. Nos invade el punzante mundo de las apariencias y de la soledad, queremos irnos. Huimos hacia la puerta pero ésta es distinta, que en lugar de expulsarnos, nos adentra. Cada quien llega al Laberinto en busca de un tesoro: la salud, la fortuna o saber por lo menos qué buscar y exigimos, secretamente, que lo que deseamos se materialice por obra de nuestra soberbia voluntad. El ego se hincha, busca saltar obstáculos y terminar de prisa, mostrar destreza, llegar primero... Nunca habíamos andado una encrucijada que nos alejara a cada paso del final. Gana terreno la rabia. Si alcanzar nuestro tesoro no es la meta, nada nos importa ya. Ni los pequeños estanques por los que pasamos, ni los lirios y los lotos que nacen del fango y se esfuerzan por salir a la luz, a florear sólo unas horas en espontáneas filigranas sin importar si alguien las miró o las admiró cuando estuvieron vivas; ellas igual mueren. Ni las

ramas de los jazmines que nos rozan, ni las piedras que llevan años, siglos, aguardando que les preguntemos sobre el tiempo o los misterios del agua. Importan sí, las telarañas, no para apreciar el laborioso tejido de seres diminutos, sino por quitarnos de las manos o la cara el hilo que se nos pegó.

*El pequeño rey  
desesperado pregunta,  
ordena llegar pronto  
pero no ve la salida;  
pierde sentido la meta,  
desentamos del designio.*



Es entonces que la tierra cobra vida, nos llega la dulzura de un aroma, el verdor que nos envuelve resplandece y no sabemos si mana con su tregua desde dentro de nosotros. Ya importa poco aquel tesoro y, entonces, lo encontramos: hemos llegado al final del Laberinto, nuestra meta. Es un verdadero claustro pero al aire libre: una enorme mano nos recibe desde lo alto y nos muestra un solo rostro, otras dos en oración están unidas. Acá abajo despierta nuestra piel al Sol, despiertan nuestros ojos a las formas arquitectónicas de las piedras y las plantas: descubrimos que la Albahaca Santa esconde a Lakshmi entre sus hojas, en la terrenal perseverancia de un azote de los dioses. En el centro de este claustro, el cenote nos llama como una boca abierta. Inclinarsse en ella nos asoma al infinito.



*Nos adueñamos por primera vez del tiempo,  
en un segundo, en solo una fracción.*





*Encaminados rumbo a la terapia  
nos reciben médicos y terapeutas con una sonrisa  
y un abrazo: es nuestro turno.*

Entrar al ripio, dejar las pertenencias, sentarnos para recibir las ondas múltiples del oscilador de Georges Lakhovsky es ya una premonición de la paz. Cuando enciende el aparato un suave toque, un golpe de aire o un pájaro nos recuerda que, en ese instante, todo el conocimiento de la ciencia y la intención de quienes nos rodean, se dirigen solamente a hacernos sentir mejor. Bebemos el agua y con ella, el miedo que astringía nuestra garganta se disuelve en un rocío sereno. Hemos pactado nuestra reconciliación con la vida, la que tenemos.







Nos aguardan en el comedor. Los platos y cubiertos bien centrados, las mesas y las sillas llegadas de Brasil en posición amablemente simétrica parecieran una banda musical en espera del convite. El color de la vajilla, los vasos, un florero como adorno de la mesa sirven de telón a lo que viene: sopa de pato o de leche de coco a la temperatura perfecta, arroz con piña, rollos imperiales, ensalada con mango, brochetas asadas en ajo, té de jengibre y vegetales sin grasa, sin sal, sin conservadores. El menú hecho al momento de servirse, justo lo que recomendó el doctor, aunque ninguno dijo que tuviera el toque tailandés que aquí le dan. Es que el kafir, las hojas de tulasi o el curry sorprenden a nuestras papilas gustativas. Imaginamos una cocina armada con glamour, cien diplomas en la pared y otros cien pinches, pero no hay nada de eso. Una sola ejecutante de jocosos ojos orientales tasa con magistral movimiento de muñeca una pizza más de azúcar, calibra con su olfato la madurez del guiso mientras el único ayudante aguarda que el plato esté servido.

Ni siquiera la mirada escrutadora de Laurent, el creador de este lugar, que infunde en todo lo que hace su obstinado afán por lo perfecto, merma algarabía en el ambiente de la fonda. El agua que hierve, las frutas caladas, las verduras salteadas del sartén, todo aquí está sazonado por el gozo. Hasta los trastos sucios que esperan en la tarja son acometidos con ánimo campante. Es el simple y llano gusto por guisar, por hacer algo que gusta tanto, lo que trasmite entre los dedos y las ollas como un favor de largo alcance, como un mimo que nos llega desinteresadamente desde el wok a nuestro plato en forma de gallinita capeada, a cumplir con un bocado el más sensual de los placeres en el breve, personal e inenarrable festín de satisfacción...

*claro, así decanta  
el poder conciliador  
y curativo del amor.*



**P**asan cosas muy extrañas aquí en Baca. Vinimos a buscar una terapia y nos dieron de comer. Llegamos muertos de miedo y los luises y los cenizales nos lo quitaron; queríamos solamente preguntar qué era esto y ahora nos sabemos ya parte de algo. En la Hacienda San José nos une y nos consuela, nos calma y nos alienta una corriente que cobra en cada flujo un sentido universal.





*Armos pactado nuestra reconciliación con la vida,  
la que tenemos.*





[www.fundebien.org.mx](http://www.fundebien.org.mx)

Texto: **Clara Huacuja**  
Fotografía: **Patricia Martín**  
**Laurent Chabres**

Diseño: **Paragraf**  
Impresión: **Fogra**